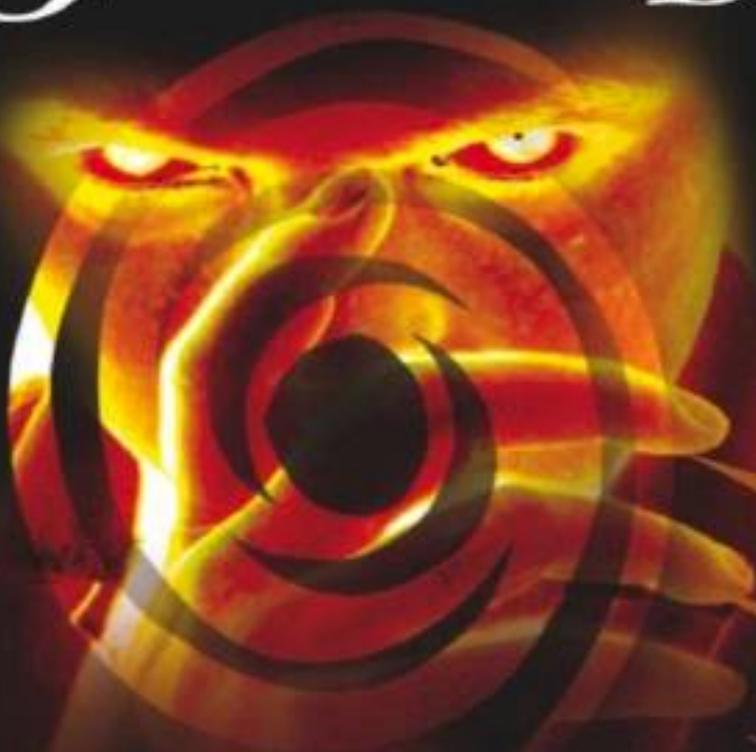


LOVECRAFT



EL QUE
SUSURRA
EN LA
OSCURIDAD



ORDEN Y CAOS II



Cuando la prensa publica la presencia de restos de seres extraños flotando en las aguas durante una inundación en Vermont, Albert N. Wilmarth, un profesor en la Universidad de Miskatonic, adopta una posición escéptica, considerando los testimonios como provocados por viejas leyendas locales sobre monstruos. Sin embargo, Wilmarth recibe una carta de Henry Wentworth Akeley, un estudioso que vive en una granja aislada de Vermont, quien afirma tener pruebas que convencerán a Wilmarth de la presencia de seres extraños en la zona. La correspondencia entre ambos inquieta cada vez más a Wilmarth, que decide visitar a Akeley y comprobar in situ la veracidad del asunto.

Introducción

El que susurra en la oscuridad (1930) es un auténtico relato de contacto y encuentro en la tercera fase con extraterrestres. Estas entidades alienígenas todavía están vinculadas para Lovecraft a su mitología del caos, propia de dioses como Nyarlathotep (citado en el texto), llamado, también, el Caos Reptante. Pero, sería al año siguiente, con *En las montañas de la locura* y, sobre todo, en *La sombra de más allá del tiempo* (1934-1935) cuando aparecen los Antiguos y la Gran Raza, respectivamente, como vinculados al orden. Sin embargo, siempre hemos de tener en cuenta, según el autor, que este binomio caos-orden está muy alejado de cualquiera de las pretensiones y la naturaleza misma del ser humano. En definitiva, el concepto de orden es establecido por más razas que proceden de nuestro universo dimensional, poseyendo una estructura orgánica mensurable, y que están «ordenadas» en sociedades donde prima el objetivo común y el enriquecimiento individual. Todas estas características parecen ajenas a los llamados «dioses», realmente entidades que proceden de otro lugar del cosmos, y que poseen una estructura física multidimensional, estando asociados con el conflicto y la destrucción. Pero aunque Lovecraft dé algunas claves en estos relatos, racionalizando, en definitiva, sus Mitos, nunca estuvo interesado en explicaciones definitivas, porque su fin era producir el pavor, la angustia o, al menos, la fascinación en el lector.

La trama de *El que susurra en la oscuridad* es desarrollada en un ambiente rural de Vermont, engrandecido por Lovecraft para producir el temor y la inquietud frente a una naturaleza ominosa y salvaje. El autor conocía la región por sus viajes, como lo demuestra su ensayo *Vermont. A First Impression* (1927).

S. T. Joshi y David E. Schultz (*An H. P. Lovecraft Encyclopedia*, Greenwood Press, 2001) cuentan un detalle curioso en relación al descubrimiento de Plutón. Este planeta fue descubierto por C. W. Tombaugh en febrero de 1930, aunque no se publicaría hasta un mes después en el *New York Times*. Lovecraft comenzaría la elaboración del relato también en estos meses, aunque no parece haber sido influido por la noticia, cuando representó el planeta de origen de los alienígenas como el último del sistema Solar, que él siempre había denominado Yuggoth (experto astrónomo en su juventud, cultivó esta disciplina durante toda su vida). En una carta a James F. Morton (15 de marzo, 1930) exclamó sorprendido: «¡Es probablemente Yuggoth!».

ALBERTO SANTOS

I

Que quede muy claro que, a fin de cuentas, no vi ningún horror con mis propios ojos. Pero decir que fue un choque mental lo que me hizo llegar a ciertas conclusiones –la última gota, que hizo que saliera huyendo de la solitaria granja Akeley, a través de las colinas de Vermont, salvajes y redondeadas, a bordo de un automóvil del que me apropié para la ocasión–, es ignorar lo irrefutable de lo que me sucedió al final. Pese a lo mucho que pude llegar a conocer de las averiguaciones y suposiciones de Henry Akeley, a pesar de todo lo que vi y oí, y de la intensa impresión que causaron en mí todas aquellas cosas, no puedo probar si mis espantosas deducciones fueron acertadas o no. Después de todo, la desaparición de Akeley no demuestra nada. La gente no encontró nada anormal en su casa, a pesar de los impactos de bala que había tanto en el exterior como en el interior. Se podría pensar que había salido a dar un paseo por las colinas y no había podido regresar. No había siquiera una señal que indujese a creer que hubiese habido allí un invitado, nada que delatase la presencia de aquellos horribles cilindros y máquinas que había colocado en su estudio. El que él hubiese sentido un miedo mortal a las colinas coronadas de verde y a los innumerables arroyos entre los que había nacido, tampoco significaba nada, ya que se cuentan por miles las personas que caen presas de tales miedos morbosos. Sin embargo, la excentricidad podría servir fácilmente para explicar los extraños actos y aprensiones que marcaron su final.

Todo aquello comenzó, al menos en la parte que a mí me toca, con la riada, histórica y sin precedentes, que asoló Vermont el 3 de noviembre de 1927. Yo entonces, co-

mo ahora, era profesor de literatura en la Universidad Miskatonic de Arkham, Massachusetts, además de aficionado entusiasta al folclore de Nueva Inglaterra. Poco después de la riada, mezcladas con los informes varios acerca de privaciones, sufrimientos y organización de ayuda que nos suministraba la prensa, aparecieron ciertas extrañas historias sobre seres encontrados flotando en algunos de los ríos desbordados; razón por la que muchos de mis amigos se enfrascaron en curiosas discusiones y acabaron por dirigirse a mí, con la esperanza de que pudiera aclararles algo al respecto. Me sentí halagado al ver cómo se tomaban en serio mis estudios de folclore e hice cuanto pude para matizar aquellos cuentos extraños y difusos, que tan claramente parecían un resurgir de las viejas supersticiones campesinas. Fue divertido encontrar que algunas personas de estudios insistían en que podía haber algún sustrato de verdad, oscura y distorsionada, bajo aquellos rumores.

Las historias sobre las que me consultaron procedían, en su mayor parte, de recortes de periódicos, aunque una era de fuente oral y había sido transcrita a uno de mis amigos en una carta que le envió su madre, residente en Hardwich, Vermont. Lo que se describía en todos los casos era en esencia lo mismo, aunque parecía haber tres asuntos distintos y conectados; uno en relación con el río Winoski, cerca de Montpelier, otro en el río West, en el condado de Windham, más allá de Newfane, y el tercero centrado en el río Passumpsic, en el condado de Caledonia, al norte de Lyndonville. Por supuesto, muchos de aquellos fantasiosos artículos mencionaban otros casos; pero, analizándolos, todos ellos parecían remitir a la postre a esos tres. En cada uno de los casos, los lugareños informaban haber visto uno o más objetos, extravagantes y turbadores, flotando en las aguas desbordadas que bajaban de las despobladas colinas, y había una tendencia generalizada a conectar aquellos avistamientos con un primitivo y

medio olvidado ciclo de leyendas susurradas, y que los viejos habían resucitado para la ocasión.

Lo que la gente creía haber visto eran formas orgánicas bastante diferentes a cualquier cosa que conocieran. Desde luego, debían ser cuerpos humanos, de ahogados, que habían sido arrastrados por las aguas en aquellos trágicos días; pero aquellos que habían descrito a esas extrañas formas estaban bastante seguros de que no se trataba de personas, pese a algún parecido superficial que pudiera haber en tamaño y forma. No, aseguraban los testigos, tampoco eran ningún tipo de animal conocido en Vermont. Eran seres rosados de alrededor de metro y medio de longitud, con cuerpos crustáceos que lucían grandes pares de aletas dorsales, o alas membranosas, y algunos juegos de miembros articulados, así como antenas cortas, allí donde lo normal es que estuviera la cabeza. Es necesario señalar lo mucho que tendían a coincidir, aun en los mínimos detalles, las informaciones llegadas desde los distintos puntos; aunque el prodigio se veía atenuado por el hecho de que las viejas leyendas, extendidas por todo el territorio de las colinas, proporcionaban una imagen morbosamente vívida, que bien podría haber teñido la imaginación de todos los testigos involucrados. Mi conclusión era que tales testigos –en ciertos casos montañeses sencillos e ingenuos– habían logrado entrever los cuerpos golpeados e hinchados de seres humanos o animales domésticos en las aguas turbulentas y habían dejado que todo aquel folclore medio olvidado revistiese a los míseros despojos de atributos fantásticos.

La antigua tradición, aunque nublada, evasiva y prácticamente olvidada por la nueva generación, tenía un carácter de lo más singular y, obviamente, reflejaba incluso la influencia de cuentos indios muy arcaicos. Bien lo sabía yo, pese a que nunca había estado en Vermont, gracias a la monografía, tan difícil de encontrar, de Eli Davenport, que reúne material oral recopilado antes de 1839 entre la

gente más anciana del estado. Este material, empero, coincidía al dedillo con cuentos que yo personalmente había oído de labios de viejos campesinos en las montañas de New Hampshire. Brevemente resumido, hablaba acerca de una oculta raza de seres monstruosos que acechan en algún rincón de las remotas colinas, en los profundos bosques de las cimas más altas y en los oscuros valles por los que corren corrientes procedentes de fuentes ignotas. Tales seres habían sido apenas entrevistados, pero había informes sobre ellos suministrados por aquellos que se habían aventurado más lejos de lo normal a través de las laderas de ciertas montañas, o adentrándose en ciertas gargantas, tan profundas y empinadas que incluso los lobos las rehuían.

Había extrañas huellas de pies o garras impresas en el barro de las márgenes de los arroyos y en los calveros, y curiosos círculos de piedra, con la hierba más inmediata arrancada, y que no parecían sino dispuestos o conformados por la acción de la naturaleza. Había, también, algunas cuevas de desconocida profundidad en las laderas de las colinas, con bocas cerradas por cantos rodados en una forma que no podía ser accidental y con una cantidad de huellas mayor de lo normal yendo y viniendo desde ellas, siempre, claro, que la dirección de tales pisadas pudiera ser supuesta acertadamente. Y lo peor de todo eran los seres que la gente más aventurada había visto algunas veces al crepúsculo en los más remotos valles y en los densos y altos bosques que se levantan más allá del punto donde normalmente se suele trepar en lo alto de las colinas.

Hubiera sido menos inquietante si los dispersos informes sobre tales seres no hubieran coincidido tanto. En todos los casos había algunos puntos en común; aseverando que las criaturas eran una especie de inmensos cangrejos rojizos, con muchos pares de patas y dos grandes alas de murciélago colocadas en mitad de la espalda. Unas ve-

ces caminaban sobre todas las patas y otras tan solo sobre el par trasero, usando las demás para transportar objetos de naturaleza indeterminada. En una ocasión fueron avistados en número considerable, todo un destacamento de seres vadeando a lo largo de un sombrío curso de agua en los bosques, de tres en fondo, en una formación evidentemente disciplinada. Y una vez vieron a un espécimen volando; lanzándose desde lo alto de una colina solitaria y pelada en la noche, para desvanecerse en el cielo tras de un instante en que sus grandes alas agitadas se siluetearon contra la luna llena.

Tales seres parecían, por lo general, mantenerse alejados de la humanidad; aunque a veces los hacían responsables de la desaparición de ciertos individuos arriesgados, en especial personas que construían casas demasiado cerca de algunos valles o demasiado arriba en ciertas montañas. Muchos lugares cogieron fama de ser sitios a evitar a la hora de establecerse, y tal creencia persistió mucho después de que se hubiera olvidado la causa. La gente contemplaba algunos de los precipicios de las montañas cercanas con un estremecimiento, aun cuando ya no recordasen cómo habían desaparecido muchos pobladores y cómo muchas granjas, edificadas en las laderas bajas de esos verdes y sombríos centinelas, habían ardido hasta los cimientos.

Aunque, según las leyendas más antiguas las criaturas parecían hacer daño solo a aquellos que invadían sus territorios, había informes posteriores acerca de su curiosidad respecto a los hombres, así como de sus intentos de establecer avanzadillas secretas en el mundo de los humanos. Se contaban historias sobre extrañas huellas de garras encontradas por las mañanas en torno a las ventanas de las granjas, y ocasionales desapariciones fuera de las conocidas áreas prohibidas. Historias, también, acerca de voces susurrantes que imitaban el habla humana y que hacían sorprendentes ofertas a los viajeros solitarios que

transitaban carreteras y caminos de carretas por lo más profundo de los bosques, y cuentos acerca de niños espantados hasta la médula por cosas que habían visto u oído desde los patios delanteros de sus casas, en los bosques primordiales. En la etapa final de las leyendas –el estadio justo anterior a decaer en la superstición y en el abandono a cualquier contacto de primera mano con los temidos lugares– había estremecedoras referencias a ermitaños y granjeros remotos que, en algún periodo de la vida, parecían haber experimentado un repulsivo cambio mental y eran rehuidos, al tiempo que se murmuraba de ellos que eran mortales que se habían vendido a los extraños seres. En uno de los condados del noreste parece que hacia 1800 se puso de moda acusar a los eremitas excéntricos e impopulares de ser aliados o representantes de aquellos aborrecidos seres.

Respecto a lo que pudieran ser aquellos entes, las explicaciones diferían, por supuesto. El nombre que comúnmente les daban era el de «esos seres» o «los viejos seres», aunque otros términos tuvieron un uso local y transitorio. Quizá el común de los colonos puritanos los catalogara lisa y llanamente como familiares del diablo, y los convirtiera en la base de alguna timorata especulación teológica. Aquellos que portaban acervo céltico en su herencia –sobre todo los elementos escoto-irlandeses de New Hampshire y sus parientes asentados en Vermont al amparo colonial del gobernador Wentworth– los ligaban de forma difusa con los espíritus malignos y la «pequeña gente» de ciénagas y matorrales, y se protegían de ellos con los retazos de hechizos transmitidos a lo largo de innumerables generaciones. Pero eran los indios los que tenían las teorías más fantásticas de todas. Aunque las leyendas tribales variaban, había un notable consenso en la creencia en ciertos puntos vitales, siendo unánimemente aceptado que tales criaturas no eran originarias de este mundo.

Los mitos Pennacook, que eran los más consistentes y pintorescos, enseñaban que los Seres Alados llegaron de la Osa Mayor en el cielo, y tenían minas en nuestras colinas terrestres, de las que sacaban una clase de piedra que no puede ser hallada en ningún otro mundo. No vivían aquí, al decir de los mitos, sino que simplemente mantenían avanzadillas y volaban con enormes cargamentos de piedra a sus propias estrellas del norte. Solo dañaban a aquellas gentes de la Tierra que se les acercaban demasiado o los espiaban. Era malo estar demasiado próximos a ellos, y algunos jóvenes cazadores que se aventuraron en sus colinas nunca volvieron. No era bueno, tampoco, escuchar lo que susurraban durante la noche en el bosque, con voces que eran como la de abejas que intentasen remedar el habla de los hombres. Conocían el idioma de toda clase de hombres —pennacooks, hurones, gente de las Cinco Naciones—, pero no parecían tener ni necesitar ningún habla propia. Conversaban con sus cabezas, que cambiaban de color en distintas formas para significar cosas diferentes.

Todo aquel acervo de leyendas, tanto las de los blancos como las de los indios, fue, por supuesto, muriendo a lo largo del siglo diecinueve, a excepción de algún que otro rebrote atávico. Los caminos trazados por las gentes de Vermont fueron afianzándose y, una vez que sus moradas y rutas quedaron establecidas según ciertos esquemas, la gente fue recordando cada vez menos qué miedos y qué prohibiciones habían determinado el plan, y al final ni siquiera recordaron que se debían a miedos y prohibiciones. La mayoría de la gente tan solo sabía que ciertas regiones montuosas estaban consideradas como insalubres, estériles y generalmente poco adecuadas para vivir, y que cuanto más lejos se mantuviera uno de ellas mejor. A su tiempo, los caminos trillados de la costumbre y el interés económico enraizaron tan fuerte en los lugares adecuados que no hubo ninguna razón en absoluto para salir-

se de ellos y las rehuidas colinas quedaron despobladas más por accidente que a propósito. Excepto durante alarmas locales, bastante poco frecuentes, solo las fantasiosas abuelas y los nonagenarios nostálgicos susurraban aún acerca de los seres que moraban en tales colinas, e incluso aquellos que lo hacían admitían que no había gran cosa que temer de tales personajes ahora que se habían acostumbrado a la presencia de casas y poblados, y que los seres humanos habían dejado a su territorio acotado en paz.

Todo esto lo supe mediante la lectura y a través de ciertos cuentos populares recogidos en New Hampshire; de ahí que, cuando comenzaron a llegar los rumores en la época de las riadas, pude fácilmente colegir de qué imaginativos sustratos surgían. Me tomé grandes molestias en explicar todo eso a mis amigos, y tuve la consecuente diversión de debatir con ciertos polemistas natos que continuaban insistiendo en la probabilidad de que hubiera un posible núcleo de verdad en los informes. Tales personajes intentaban apuntar que las primitivas leyendas tenían una significativa longevidad y uniformidad, y que la virtualmente inexplorada naturaleza de las colinas de Vermont hacían que fuese poco sabio mostrarse dogmático acerca de lo que moraba allí; sin que pudiera acallarlos mi aseveración de que todos los mitos procedían de un sustrato común, bien conocido por la mayor parte de la humanidad, y que se habían gestado en fases primarias de experiencia imaginativa que siempre producen el mismo tipo de ilusión.

No tenía sentido demostrar a tales rivales que los mitos de Vermont diferían poco, en esencia, de aquellas leyendas universales de personificaciones de la naturaleza que llenaron el mundo antiguo de faunos, dríadas y sátiros, que inspiraron la existencia de *kalikanzaroi* de la Grecia moderna y dieron a las míticas Gales e Irlanda sus oscuras fábulas de extrañas, pequeñas y terribles razas ocultas de

trogloditas y cavadores de madrigueras. No tenía sentido tampoco el señalarles el aún más cercano parecido de las creencias que mantienen las tribus montañosas del Nepal sobre el espantoso Mi-Go, también llamado Abominable Hombre de las Nieves, que acecha de forma odiosa entre los picos de hielo y piedra de las cumbres del Himalaya. Cuando les puse ante esta evidencia, mis oponentes se revolviéron en contra de mí, arguyendo que debía haber alguna base de realidad en los antiguos cuentos; que debían ser la prueba de la existencia real de alguna extraña y antigua raza terrestre, obligada a ocultarse tras la aparición y triunfo de la humanidad, y que podía muy plausiblemente haber sobrevivido, en número escaso, hasta tiempos relativamente recientes... o incluso hasta nuestros días.

Cuanto más me reía de tales teorías, más aquellos testarudos amigos míos las respaldaban, añadiendo que, incluso sin la herencia de la leyenda, los recientes informes eran demasiado claros, consistentes, detallados y sanamente prosaicos a la hora de informar como para ser ignorados por completo. Dos o tres fanáticos extremistas fueron tan lejos como para aludir a posibles significados de ciertos antiguos cuentos indios que atribuirían a los seres ocultos un origen extraterrestre, citando los extravagantes libros de Charles Fort y sus aseveraciones de que viajeros procedentes de otros mundos y del espacio exterior habían visitado a menudo la Tierra. La mayoría de mis oponentes, no obstante, eran simples románticos que insistían en transferir a la vida real el fantástico saber de «pequeña gente» al acecho, tan popularizado por la magnífica ficción de horror de Arthur Machen.

II

Como era de esperar en tales circunstancias, aquel acalorado debate acabó finalmente en letra impresa, en forma de cartas publicadas en el *Arkham Advertiser*; algunas de las cuales fueron reproducidas por la prensa de aquellas regiones en que habían surgido las historias de la riada. El *Rutland Herald* dedicó media página a extractos de las cartas de ambos bandos, mientras que el *Brattleboro Reformer* llegó a reimprimir, íntegramente, uno de mis largos resúmenes históricos y mitológicos, acompañado de algunos comentarios en «El aficionado» en columna completa, que apoyaban y aplaudían mi escépticas conclusiones. En la primavera de 1928 me había convertido en una figura bastante conocida en Vermont, pese a que nunca había puesto los pies en tal estado. Fue entonces cuando llegaron las cartas de desafío de Henry Akeley, cartas que me impresionaron profundamente y que me llevaron, por primera y última vez, a aquellos embrujados territorios de precipicios coronados de verdor y rumorosos regatos forestales.

Casi todo lo que ahora sé sobre Henry Wentworth Akeley procede de la correspondencia con sus vecinos y con su único hijo, residente en California, mantenida después de mi experiencia en su apartada granja. Según pude descubrir, era el último vástago en su solar natal de un linaje antiguo y localmente distinguido de juristas, administradores y caballeros agricultores. En él, no obstante, la mentalidad familiar había pasado de los negocios prácticos a la pura erudición, por lo que se había convertido en un notable estudioso en cuestiones de matemáticas, astronomía, biología, antropología y folclore en la Universidad de Vermont. Nunca antes había oído hablar de él y no me su-

ministró demasiados detalles autobiográficos en sus cartas; pero enseguida me di cuenta de que era hombre de temperamento, educación e inteligencia, pese a ser un solitario con muy poca sofisticación mundana.

A pesar de la increíble naturaleza de sus afirmaciones, no pude evitar, en esa ocasión, tomar a Akeley más en serio que al resto de los que refutaban mis tesis. Por una parte, se encontraba realmente al lado del fenómeno –de forma visible y tangible– sobre el que se estaba especulando en forma tan grotesca; y por la otra, se hallaba sorprendentemente abierto a dejar sus conclusiones en cuarentena como un verdadero hombre de ciencia. No tenía opiniones personales que aventurar y se guiaba siempre por lo que él consideraba evidencia irrefutable. Por supuesto, al principio consideré que se encontraba en un error; pero le di un voto de confianza, en el sentido de pensar que se hallaba intelectualmente equivocado, y ni se me pasó por la cabeza, como les ocurrió a algunos amigos suyos, el atribuir a la locura sus ideas y los celos que sentía hacia las solitarias verdes colinas. Pude comprobar que aquel hombre tenía mucha experiencia y sabía que lo que contaba debía, sin duda, originarse en extraños sucesos que merecía la pena investigar, no importa la escasa relación que pudieran tener con los orígenes fantásticos que él les atribuía. Más tarde me envió pruebas materiales que colocaron todo aquel asunto bajo una nueva luz, diferente y extraña hasta el punto de lo turbador.

No puedo sino transcribir al completo, hasta donde me es posible, la larga carta en la que Akeley me ponía al tanto del asunto; carta que es un hito de lo más importante en mi propia historia intelectual. Ya no se halla en mi poder, pero en la memoria guardo casi palabra por palabra aquel portentoso mensaje; y de nuevo he de afirmar mi seguridad de que el hombre que la escribió estaba en sus cabales. He aquí el texto... un texto que me llegó escrito en los apretados y arcaizantes trazos de alguien que, ob-